

PETER CAREY



Robo
Una historia de amor



Peter Carey, ganador en dos ocasiones del premio Booker, circunstancia excepcional que solo se había dado previamente con el premio Nobel J.M. Coetzee - es, según la opinión unánime de la crítica internacional, uno de los mejores escritores contemporáneos en lengua inglesa. En su última novela, *Robo: una historia de amor* Carey lleva a cabo una exquisita disección de la obsesión y la redención, envuelta en una trama de suspense. Michael Butcher Boone es un pintor famoso de carácter testarudo, talentoso y obstinado. Su carrera le ha llevado a vivir en una solitaria casa de campo junto a Hugh, su hermano pequeño, emocionalmente inestable. La vida en común de los hermanos Boone compone una estampa de delicado equilibrio, que se verá truncada cuando una misteriosa mujer llame a su puerta en plena noche de tormenta. De forma magistral, Peter Carey transita de la intimidad de los personajes a las comunidades donde habitan; de las salvajes montañas australianas a Manhattan y Tokio, todo ello narrado con la habilidad de un ventrílocuo y la pericia de un artesano.

Para Bel

¿Seré un rey o solo un cerdo?

FLAUBERT, *Diario íntimo*

Joachim había nacido antes de la guerra, en los años en que los niños todavía tenían que aprenderse de memoria las trece razones para usar una mayúscula. Él les había añadido una más de su propia cosecha, consistente en que en cualquier circunstancia haría exactamente lo que quisiera.

MACADO FERNÁNDEZ, *One Man*

1

NO sé si mi historia es lo bastante grandilocuente para una tragedia, aunque sí ocurrieron muchas putadas. Desde luego es una historia de amor pero no empezó hasta mediadas las putadas, y para entonces yo no solo había perdido a mi hijo de ocho años, sino también la casa y el estudio de Sidney, donde había llegado a ser todo lo famoso que un pintor puede esperar en su tierra. Fue el año en que debería haber recibido la Orden de Australia (¡por qué no!: mira a quién se la han concedido). En cambio me robaron a mi hijo y los abogados del divorcio me arrancaron las entrañas y me encarcelaron por intentar recuperar mi mejor obra, que había sido declarada como «bienes conyugales».

Al salir de la prisión de Long Bay en la sombría primavera de 1980 descubrí que debía apresurarme en mudarme al norte de Nueva Gales del Sur pese a que apenas tenía dinero para mí puesto que se consideraba que, solo con que redujera mi consumo de alcohol, podría permitirme pintar obras pequeñas y cuidar de Hugh, mi perjudicado hermano de cien kilos.

Mis abogados, marchantes y coleccionistas se habían unido para salvarme. Fueron amabilísimos, muy generosos. Difícilmente podía yo admitir que estaba hasta los cojones de cuidar de Hugh, que no quería abandonar Sidney ni beber menos. Falto del carácter necesario para contar la verdad, me permití tomar el rumbo que me habían

trazado. A trescientos kilómetros al norte de Sidney, en Taree, empecé a escupir sangre en el lavamanos de un motel. Gracias a Dios, pensé, ahora no pueden obligarme a hacerlo.

Pero era solo neumonía y no morí.

Había sido mi mayor coleccionista, Jean-Paul Milan, quien había ideado el plan según el cual yo me convertiría en el guardés gratuito de una finca rural que él llevaba dieciocho meses intentando vender. Jean-Paul poseía una cadena de residencias para ancianos que más tarde serían investigadas por el Ministerio de Sanidad, pero además le gustaba pintar y su arquitecto le había construido un estudio donde la pared que daba al río se abría igual que la persiana de una estación de servicio. La luz natural, como tan dulcemente me había advertido Jean-Paul al hacerme su ofrecimiento, quizá era un poco verde, un «defecto» provocado por las ancestrales casuarinas que bordeaban el río. Yo podría haberle dicho que el asunto ese de la luz natural era una gilipollez, pero una vez más me mordí la lengua. Esa primera noche fuera de la prisión, en una triste cena sin vino con Jean-Paul y su mujer, reconocí que era una tragedia que le hubiéramos dado la espalda a la luz natural, a la luz de las velas, a la luz de las estrellas, y que era cierto que el Kabuki había sido superior en el uso de la luz de las velas y que los cuadros de Manet se contemplaban mejor a la luz de una ventana polvorienta, pero qué coño: mi obra viviría o moriría en galerías y yo necesitaba 240 voltios de corriente alterna fiable para trabajar. Ahora estaba destinado a vivir en un «paraíso» donde seguro que no dispondría de tal cosa.

Jean-Paul, que tan generosamente nos había cedido su casa, enseguida empezó a inquietarse por la posibilidad de que le causara algún desperfecto. O tal vez la alarmista de verdad fuera su mujer, quien, hacía ya tiempo, me había pillado sonándome los mocos en su servilleta para la cena. En cualquier caso llevábamos solo seis mañanas en

Bellingen cuando Jean-Paul irrumpió en la casa y me despertó. Fue una impresión desagradable en casi todos los sentidos, pero me mordí la lengua y le preparé café. Luego durante dos horas le seguí por toda la finca y apunté todas las sandeces que me decía en un cuaderno, un viejo cuaderno de piel al que quería como a la vida misma. En él había anotado todas las mezclas de color que había utilizado desde la que se considera la exposición que me dio a conocer en 1971. Era una mina, un diario, un registro del declive y la caída, una historia. «Cardos», dijo Jean-Paul. Escribí «cardos» en mi querido cuaderno. Segar. Lo deletreé. Árboles caídos sobre el río. Motosierra Stihl. Engrasadores de la desbrozadora. Luego le molestó que el tractor estuviera aparcado junto a la casa. El montón de leña estaba descuidado: puse a Hugh a amontonar los leños según las preferencias de Jean-Paul. Finalmente mi mecenas y yo llegamos juntos al estudio. Se quitó los zapatos como si tuviera intención de orar. Seguí su ejemplo. Levantó la gran persiana que daba al río y durante un largo rato contempló el Never Never mientras hablaba —no me lo invento— sobre los putos *Nenúfares* de Monet. Tenía unos pies preciosos, ya me había fijado antes, blanquísimos y de puente alto. El hombre pasaba ya de los cuarenta, pero conservaba los dedos rectos de un bebé.

Pese a poseer cerca de una veintena de residencias, Jean-Paul no era muy dado al contacto físico, pero en ese momento, en el estudio, apoyó su mano en mi antebrazo.

—Aquí serás feliz, Butcher.

—Sí.

Echó un vistazo a la sala, grande y de techos altos, y luego empezó a arrastrar aquellos pies perfectos y suntuosos por la suave superficie del suelo. De no haber tenido los ojos tan húmedos habría recordado a un atleta preparándose para alguna carrera de ciencia ficción.

—Madera de satín —comentó—. Fantástico, ¿eh?

Se refería al suelo, y en verdad era magnífico, de un gris piedra pómez lavada. Además procedía de una madera tropical escasísima, pero ¿quién era yo, un criminal convicto, para discutir sobre ética?

—Cómo te envidio —dijo.

Y así seguimos, con lo cual quiero decir que me mostré tan dócil como un gran labrador ya viejo pedorreándose tranquilamente junto al fuego. Podría haberle pedido te-tas, me las habría dado, pero me habría exigido un cuadro. Era en esa pintura, en la que no quería entregarle, en lo que pensaba yo en ese instante. Él no lo sabía, pero todavía me quedaban unos once metros de lona de algodón, lo que equivalía a dos buenos cuadros antes de verme forzado a emplear Masonite. Bebí en silencio la cerveza sin alcohol que Jean-Paul me había traído como regalo.

—¿A que está buena?

—Igualita a la de verdad.

Luego, por fin, se dictaron las últimas instrucciones y se hicieron todas las promesas. De pie junto al estudio le vi dar botes con el coche alquilado por la rejilla del guardagigante. Rebotó al impactar contra el asfalto y luego desapareció.

Al cabo de quince minutos yo estaba en el pueblo de Bellingen, presentándome a los de la cooperativa Dairyman. Compré algo de contrachapado, un martillo, una sierra de carpintero, un kilo de tornillos Sheetrock de cinco centímetros, veinte reflectores incandescentes de 150 vatios, veinte kilos de negro azabache Dulux, idéntica cantidad de blanco y todo ello, junto con cuatro cosas sueltas, lo cargué a la cuenta de Jean-Paul. Después regresé a casa para acondicionar el estudio.

Más adelante todos montarían un puñetero escándalo porque supuestamente había «destrozado» la madera del suelo con los tornillos Sheetrock, pero no se me ocurre de qué otro modo podría haberla forrado con contrachapado. Desde luego, tal como estaba no funcionaba. De to-

dos era sabido que yo estaba allí para pintar y el suelo del estudio de un pintor debería ser como un lugar para sacrificios, atravesado por grapas, pero también cuidado, barrido, frotado y lavado tras cada encuentro. Cubrí el contrachapado con linóleo gris del barato y lo empapé de capas de aceite de linaza hasta que apestó igual que una *pietà* al natural. Pero seguía sin poder trabajar. No todavía.

El premiado arquitecto de Jean-Paul había diseñado un estudio de techos altos y abovedados tensados mediante cables de acero similares a las cuerdas de un arco. Era una puta maravilla y yo colgué varias hileras de reflectores de los cables que casi eliminaban tanto la elegancia del diseño como la luz verde que se colaba entre las casuarinas. Incluso con tales mejoras costaba imaginar un lugar peor para crear arte. Aquello estaba tan infestado de bichos como la jungla y los insectos se enganchaban en la pintura Dulux, marcando sus agonías mortuorias con círculos concéntricos. Volví a la cooperativa y firmé el recibo por tres de esas luces azules atrapainsectos, pero fue igual que intentar taponar un dique con un dedo. Estaba rodeado de selva húmeda subtropical, de infinidad de árboles e insectos a los que solo yo había puesto nombre –capullo, mierdecilla– que saboteaban la monotonía de mi esforzado trabajo de limpieza y pulido. A modo de defensa clavé una fea mosquitera, pero los trozos no eran lo bastante anchos y, desesperado, encargué a crédito una cortina de seda a medida: con velero en los costados y una larga y pesada salchicha de arena en la base. La cortina era de un azul intensísimo y la salchicha, de un marrón rojizo. Ahora los pequeños saboteadores caían en su sudorosa entrepierna de seda y allí perecían a millares cada noche. Los barría cuando limpiaba el suelo por la mañana, si bien guardaba algunos como modelos por la única razón de que dibujar relaja y a menudo, en particular cuando me quedaba sin vino, me sentaba a la mesa del comedor y poco a poco iba llenando mi cuaderno con primorosas

versiones en gris de sus delicados cadáveres. A veces mi vecino Dozy Boylan les ponía nombre.

Para principios de diciembre mi hermano Hugh y yo estábamos cómodamente instalados como guardeses y allí seguíamos en el cenit estival cuando la vida inició un nuevo e interesante capítulo. Un rayo había alcanzado el transformador de la carretera de Bellingen y en consecuencia, una vez más, carecía de una buena luz para trabajar y pagaba la amabilidad de mi mecenas embelleciendo el prado delantero, cortando con un azadón los cardos que rodeaban el cartel de «SE VENDE».

En el norte de Nueva Gales del Sur, enero es el mes más caluroso, y también el más húmedo. Después de tres días de lluvias torrenciales los prados estaban empapados y cuando clavaba el azadón notaba el barro caliente como la mierda entre los dedos de los pies. Hasta ese día el arroyo se había mantenido transparente como la ginebra, un simple riachuelo rocoso de medio metro de hondo, pero los residuos de la tierra saturada transformaron entonces aquella plácida corriente en una bestia tumescente: amarilla, turbulenta y territorial, crecía rápidamente hasta los seis metros de profundidad inundando la amplia planicie del prado posterior y alcanzando el borde de la ribera sobre el que se elevaba el casto estudio, dispuesto con sensatez sobre altos postes de madera pero no invulnerable. Desde allí, a tres metros del suelo, podía pasearse por encima de la orilla del río embravecido como por un embarcadero. Jean-Paul, al describirme la casa, se había referido a aquella precaria plataforma como «el Escinco», en alusión a esos pequeños lagartos australianos que pierden la cola cuando les golpea la fatalidad. Me pregunté si se habría fijado en que la casa entera estaba construida sobre una llanura aluvial.

No llevábamos mucho en el exilio, más o menos seis semanas, y recuerdo el día porque fue nuestra primera riada y también el día en que Hugh había vuelto de casa de

los vecinos con un cachorro de boyero australiano bajo el abrigo. Ya costaba bastante cuidar de Hugh sin esa complicación añadida, aunque no siempre era problemático. A veces era la hostia de listo, muy coherente, y otras un imbécil lloroso y tartamudeante. A veces me adoraba, en voz alta, apasionadamente, como un niño con mal aliento y barba. Pero al día o al minuto siguiente se erigía en Líder de la Oposición y esperaba al acecho entre la lantana silvestre, se abalanzaba sobre mí y peleaba violentamente conmigo en el barro, en el río o entre los orondos calabacines de la estación húmeda. Yo no necesitaba ningún tierno cachorrito. Tenía a Hugh el Poeta y Hugh el Asesino, Hugh el Idiot Savant, y era más pesado y más fuerte, y una vez que me había derribado solamente lograba controlarlo doblándole el meñique como si fuera a partírselo. Ninguno de los dos necesitaba un perro.

Corté las raíces de tal vez un centenar de cardos, partí un poco de madera de eucalipto, prendí la estufa que calentaba el agua de la bañera japonesa y, sabedor de que Hugh dormía y el perrito andaba desaparecido, me retiré al Escinco a contemplar los colores del río y escuchar los cantos rodar unos sobre otros bajo la superficie magullada y hinchida del Never Never. En particular observé al pato del vecino surcar arriba y abajo la riada amarilla mientras yo notaba que la plataforma vibraba como el mástil de un balandro al tensarse frente a treinta nudos de viento.

El cachorro ladraba en alguna parte. Debía de estar excitado por culpa del pato, tal vez se imaginara que él también era un pato —ahora que lo pienso, me parece bastante probable—. La lluvia no había cesado ni un solo momento, tenía los pantalones y la camiseta empapados y de pronto caí en la cuenta de que si me los quitaba estaría muchísimo más a gusto. Así que ahí estaba yo, inusualmente sordo a los ladridos del cachorro, despertándome como un *hippy* sobre una inundación creciente, un carni-

cero, un hijo de carnicero, sorprendido de hallarse a casi quinientos kilómetros de Sidney y tan inesperadamente feliz bajo la lluvia, y si tenía pinta de wombat gordo y peludo, pues muy bien. No era que me encontrara en la gloria, pero al menos por un momento me sentí libre de mi acostumbrada agitación, del recuerdo melancólico de mi hijo y la rabia de tener que pintar con Dulux de mierda. Durante casi sesenta segundos estuve cerca, cerquísima de alcanzar la paz, pero luego ocurrieron dos cosas a un tiempo y a menudo he pensado que la primera era una especie de mal presagio al que debería haber prestado atención. Fue cuestión de un momento: el cachorro pasó a toda velocidad arrastrado por la corriente amarilla.

Más adelante, en Nueva York, vería a un hombre saltar frente al Broadway Local. El hombre estaba allí. Y al instante ya no estaba. Imposible creer lo que acababa de ver. En el caso del perro, no sé lo que sentí, nada tan simple como la lástima. Incredulidad, por supuesto. Alivio: ya no había perro del que ocuparse. Rabia: tendría que enfrentarme a la pena desproporcionada de Hugh.

Ignoro qué plan tenía en mente cuando empecé a forcejear con mis ropas mojadas y así, por accidente, obtuve una visión clara, por debajo del estudio, del portón delantero, donde a unos veinte metros del guardaguanado vi la segunda cosa: un coche negro con los faros resplandecientes y hundido hasta los ejes en el lodo.

Carecía de una razón justificable para enfadarme por la presencia de posibles compradores salvo que no se trataba de un buen momento y que, joder, no me gustaba que metieran las narices en mis asuntos ni que se atrevieran a juzgar mi pintura o el modo en que llevaba la casa. Pero el otrora pintor famoso era ahora el guardés, de modo que, tras verme obligado a volver a ponerme mis ropas frías y desagradablemente esquivas, descendí despacio por el barro hasta el cobertizo para poner en marcha el tractor. Era un Fiat y, aunque el ruidoso diferencial casi me había

dañado el oído, sentía un cariño ridículo por aquella bestia amarilla. Encaramado en lo alto de su lomo, tan ridículo a mi modo como Don Quijote, puse rumbo al visitante varado.

En un día mejor tal vez habría visto la mole de unos mil metros de escarpadura de Dorrigo alzándose por encima del coche, la niebla elevándose desde los ancestrales matorrales vírgenes y las nubes recién nacidas cabalgando poderosas corrientes calientes que cualquier piloto de aeroplano sentiría en la boca del estómago, pero las montañas estaban ocultas a la vista y yo no veía nada más que mi cerca y los faros invasores. Las ventanillas del Ford estaban empañadas y por tanto, incluso a una distancia de menos de tres metros, solo pude distinguir en su interior la silueta de una pegatina «AVIS» sobre el espejo retrovisor. Bastaba para confirmarme que la persona era un comprador y me preparé para enfrentarme a la arrogancia con educación. Sin embargo, tengo tendencia a irritarme, y cuando no bajó nadie del coche para saludarme empecé a preguntarme qué clase de capullo de Sidney creía que podía bloquear mi distinguida entrada y esperar luego mis servicios. Desmonté y golpeé el techo con el puño.

Durante casi un minuto no pasó nada. Luego se encendió el motor y la ventanilla empañada descendió para revelar a una mujer de unos treinta años con el pelo de color pajizo.

—¿Es usted el señor Boylan? —La mujer tenía un acento extraño.

—No.

Tenía los ojos almendrados y los labios casi demasiado gruesos para su delgado rostro. Su aspecto era poco corriente pero muy atractivo, de modo que resultaba extraño, podrías pensar —dada mi miserable existencia y mi calentura casi permanente—, cómo y hasta qué punto me irritó.

La mujer se asomó por la ventanilla para inspeccionar las ruedas delanteras y traseras encalladas en mi tierra.

—No voy vestida de forma adecuada —dijo.

Si se hubiera disculpado tal vez yo habría reaccionado de forma diferente, pero lo que hizo fue subir la ventanilla y gritarme instrucciones desde el otro lado del cristal.

Bueno, en otro tiempo había sido famoso, pero ahora no era más que un simple sirviente, de modo que ¿podía esperar otra cosa? Anudé el extremo del cable del Fiat al eje trasero del Ford, operación que me cubrió de barro y puede que también de un poco de mierda de vaca. Luego, tras regresar al tractor, metí primera y pisé el acelerador. Por supuesto ella había dejado la marcha metida, así que la maniobra abrió dos largos surcos en la hierba hasta volver a introducirse en el camino.

No vi razón alguna para despedirme. Retiré el cable del Ford y devolví el tractor al cobertizo sin mirar atrás.

Cuando regresaba al estudio vi que la mujer no solo no se había marchado, sino que estaba cruzando el prado en dirección a mi casa con los zapatos de tacón en la mano.

Era la hora a la que normalmente dibujo, y mientras la visitante se acercaba empecé a afilar mis lápices. El río rugía como sangre en mis oídos, pero noté los pasos de ella subiendo las escaleras de madera, como una especie de vibración que recorriera las juntas del suelo.

La oí llamar, pero como ni Hugh ni yo respondimos, se adentró en la pasarela cubierta que unía casa y estudio, una pequeña estructura delicada y flexible suspendida a unos tres metros del suelo. Podría haber optado por llamar a la puerta, pero también había una pasarela estrechísima, una especie de plancha metálica que bordeaba la pared externa del estudio, y por ahí se coló para plantarse frente a la persiana levantada, al otro lado de la seda y de espaldas al río.

—Perdone, vuelvo a ser yo.

Fingí estar muy concentrado en mis lápices.

—¿Podría usar su teléfono?

En ese instante regresó la electricidad e inundó el estudio de luz resplandeciente. Tras el velo de seda esperaba una rubia esbelta. Enfangada hasta las preciosas pantorri-llas.

—Una obra con mucha fuerza —dijo.

—No puede entrar.

—No se preocupe. No mancharía un estudio de barro.

Solo después pensé qué pocos civiles lo habrían expresado de aquel modo. Pero en aquel momento me preocupaban cosas más simples: que no hubiera venido a comprar la finca, que fuera sumamente atractiva y necesitara ayuda. La acompañé por la pasarela hacia la «casa de escasos bienes» de Jean-Paul, donde la única estancia propiamente dicha consistía en una cocina central con una mesa cuadrada fabricada en aramo de Tasmania que —última instrucción de mi patrón— debía fregarse todas las mañanas. La mesa tenía más personalidad que la última vez que Jean-Paul la había visto —amarillo cadmio, rosa carmesí, *curry*, vino, grasa de ternera, arcilla—, más de un mes de vida doméstica oculta en parte por una inmensa cosecha de calabazas y calabacines entre los que por fin localicé el teléfono.

—No hay línea —dije—. Seguro que la están reparando.

Hugh empezó a dar señales de vida desde su cuarto. Recordé que su perro se había ahogado. Se me había ido de la cabeza.

Mi visitante se había quedado al otro lado de la puerta mosquitera.

—Lo siento muchísimo —dijo—. Está claro que tiene cosas más importantes de las que preocuparse.

Estaba empapada, con el pelo rubio y corto apelmazado, igual que un pollito que se ha salvado tras estar a punto de ahogarse.

Abrí la puerta.